

ANNE Y SERGE GOLON

Angélica y el Rey



Mediante un chantaje (el cofrecillo descubierto cuando era niña), Angélica se casa con su primo Felipe, convirtiéndose en Marquesa y entrando en la corte del Rey Sol. Aunque el odio de su primo tratará de poner trabas para su ascenso en la corte, pronto es requerida por el ministro de finanzas y por el propio rey para pedirle consejos sobre varios asuntos financieros. Poco a poco y a raíz del nacimiento de su hijo, Felipe cambia su actitud y entre ambos surgirá un amor lleno de sobresaltos y con final triste. Aunque el rey se ha prendado de ella, Angélica no puede convertirse en su amante, la sombra de su primer marido, muerto en la hoguera, se interpone entre ambos. Pero... ¿Murió de verdad Geoffrey en la hoguera?

PRIMERA PARTE

La Corte

I. El rapto de Angélica

Angélica dormitaba, con el animo agitado por gozosos proyectos, como chiquilla en víspera de Navidad. Por dos veces se levantó para darle al eslabón y encender la vela, a fin de contemplar, colocados sobre unos sillones junto a la cama, los dos vestidos que luciría al día siguiente en la carcería real y en el baile que iba a celebrarse a continuación.

Estaba bastante satisfecha del modelo de «caza». Había dado idea, ella misma, al sastre para que lograra dar a la casaca de terciopelo gris perla, el corte masculino que contrastase con la delicada figura de la joven dama. El gran sombrero a lo mosquetero era blanco con nevado penacho de avestruz. Pero lo que más convencía a Angélica era la corbata. Un nuevo detalle de moda con que contaba para llamar la atención y despertar la curiosidad de las grandes damas de la Corte. Consistía en un gran lazo de finísima batista, bordado delicadamente con minúsculas perlas, que le rodeaba varias veces el cuello expandiéndose luego en forma de mariposa. Fue una idea que tuvo la noche ante-

rior. Había vacilado largo rato ante el espejo, se había probado y arrugado por lo menos diez corbatas, entre las más escogidas que le presentó el mercero de «La Cajita de Oro» y por fin había resuelto anudarse la cinta a «lo caballero» pero con nudo mucho más grande que el usado por los hombres. A su juicio el rostro de la mujer no se avenía con el cuello recortado de la casaca de caza. En cambio el nudo blanco bajo el mentón, daría un toque de femineidad a su atavío.

Angélica se volvió a la cama y comenzó a dar vueltas. Estuvo a punto de llamar para que le sirvieran una tisana de verbena, a fin de poder conciliar el sueño. Necesitaba dormir por lo menos unas horas, pues la jornada del día siguiente iba a ser fatigosa. La cacería tendría lugar cerca del mediodía, en el bosque del Fausse-repose. Angélica, como todos los invitados del Rey que venían desde París, debería emprender el viaje muy temprano, a fin de reunirse a la hora señalada con los carruajes procedentes de Versalles, en la encrucijada de los Bueyes. En dicho lugar, situado en el corazón del bosque, había unas caballerizas a las que los privilegiados mandaban anticipadamente sus caballos de montar. De este modo, los animales se encontraban frescos en el momento de correr el ciervo. Aquel mismo día, Angélica había tenido buen cuidado de enviar allí, acompañada de dos lacayos, su preciosa yegua *Ceres*, un pura sangre español por el que había pagado mil *pistolas*^[01].

Se incorporó y volvió a encender la luz. Decididamente, el vestido de baile era el más satisfactorio. De satén rosa fuego, con manto tono «aurora» más encendido y plastrón bordado con finas flores de un rosa nacarado. Como aderezo había elegido perlas también rosa. En racimos para los pendientes, en forma de collar de tres vueltas para cuello y hombros, en diadema «cuarto menguante», para el peinado. Las había adquirido en la tienda de un joyero muy agradable porque le hablaba de los mares cálidos de donde las perlas procedían, de las largas transacciones, de los perita-

jes difíciles y de dilatados viajes realizados por la mercancía, disimulada en saquitos de seda que pasaban de mano en mano entre comerciantes árabes, griegos o venecianos. El tal joyero quintuplicaba el precio de sus perlas gracias a su arte de dar a cada joya el valor de la rareza y una impresión como de haber tenido que robarla del jardín de los dioses. A pesar de la cuantiosa fortuna que se había visto obligada a gastar para obtenerlas, Angélica no experimentaba el menor remordimiento, como suele a menudo suceder con esta clase de locas adquisiciones. Las contempló con embeleso, en sus estuches de terciopelo blanco, sobre la mesita de noche. Angélica estaba hambrienta de cuantos objetos delicados y preciosos puede la vida otorgar. Este apetito de posesión era el desquite de los años de miseria que había conocido. De milagro no había llegado tarde. Todavía estaba a tiempo de embellecerse con los mejores adornos, de lucir los más suntuosos atuendos, de rodearse de muebles, cortinajes y toda clase de objetos salidos de manos de los más hábiles artesanos.

Todo ello muy costoso y bien elegido, con gusto de mujer experimentada, aunque hastiada.

Conservaba todo el entusiasmo de que era capaz. A veces se maravillaba y daba gracias al cielo por no haber quedado quebrantada a causa de sus múltiples pruebas. Por el contrario, seguía manteniendo el espíritu juvenil. Tenía más experiencia que la mayoría de las jóvenes de su edad, y menos desilusión. Su vida estaba sembrada de placeres fantásticos y maravillosos como los de la infancia. Cuando no se ha conocido el hambre, ¿es posible gozar con un pedazo de pan caliente? Y cuando se ha vagado por las calles de París con los pies descalzos, y se llega un día a poseer unas perlas tan magníficas como éstas, ¿no hay motivo para creerse la mujer más afortunada del mundo?

Rápidamente apagó la vela, y estirándose voluptuosamente entre las finas sábanas floridas de lirio, murmuró:

—¡Qué delicioso es ser rica, joven y bella...!

No añadió «y deseable», porque esto le recordó a Felipe y su alegría se ensombreció como al paso de una nube. Un profundo suspiro agitó su pecho. ¡Felipe! ¿Cómo podía despreciarla tanto?

Angélica recordaba los dos meses vividos después de su casamiento con el marqués de Plessis-Belliére, y la extravagante situación en que se hallaba por su culpa. Al día siguiente de haber sido Angélica recibida en Versalles, de vuelta la Corte a Saint-Germain, tuvo ella que regresar a París. Lógicamente, habría debido irse a vivir en el hotel de su marido, en el Faubourg Saint-Antoine, pero después de haberse presentado allí tras cierta vacilación, se encontró con la puerta cerrada. El portero, al que había interrogado, le notificó que su amo seguía al Rey y la Corte, y que él carecía de órdenes al respecto. Entonces, la joven se había visto obligada a volver a su antigua posesión, el hotel de Beautreillis. Desde entonces vivía en él, esperando una nueva invitación del Rey que le permitiese ocupar en la Corte el puesto adecuado a su rango. Pero no había recibido invitación alguna, y empezaba ya a experimentar cierta inquietud, cuando un día la señora de Montespan, a la que encontró en casa de Ninon, le había dicho:

—¿Qué os ocurre, querida? ¿Habéis perdido la razón? Es ya la tercera invitación del Rey que rechazáis. Una vez tuvisteis unas tercianas, otra fueron las náuseas de vuestro estómago o bien un forúnculo en la nariz que estropeaba vuestro físico, y no os atrevisteis a presentaros. Un conjunto de torpes excusas, que no pueden satisfacer al Rey, quien, además, siente horror por las personas enfermizas. Al final, llegaréis a incomodarle.

Así se enteró Angélica de que su marido, apremiado por el Rey a invitarla a diversas fiestas, no sólo no se lo había comunicado sino que había intentado ridiculizarla a los ojos del soberano.

—Os prevengo, en todo caso —había concluido la señora de Montespan—, que yo misma oí al Rey decir al mar-

qués de Plessis que deseaba veros participar en la cacería del miércoles. «Y procurad que la salud de vuestra esposa, madame de Plessis-Belliére, no la obligue a desatender nuestras atenciones», añadió con humor, «pues de lo contrario seré yo mismo quien le aconseje que regrese a su rincón provinciano». En resumen, os halláis al borde de la desgracia.

Aterrada, y luego furiosa, Angélica no había tardado en trazarse un plan para deshacer la comprometida situación. Se presentaría en la cacería planteando ante Felipe aquel hecho consumado. Si el Rey formulaba preguntas diría la verdad. Y Felipe, delante del Rey, no tendría más remedio que inclinar la cabeza. Había efectuado los preparativos con sumo misterio, encargando sus vestidos nuevos, disponiendo el envío de la yegua, y su partida en carroza al amanecer del día siguiente. Momento que ya no tardaría en llegar sin que ella hubiera podido pegar un ojo. Se esforzó por cerrar los párpados, sin pensar en nada, y poco a poco fue hundiéndose en un dulce sueño.

De repente, su perrito grifón, enroscado bajo el cubrecama, se estremeció y, enderezándose súbitamente, empezó a gruñir. Angélica lo cogió y lo atrajo hacia sí, bajo las sábanas, ordenándole que callase. La bestezuela continuó ronroneando, sin dejar de estremecerse. El grifón se mantuvo tranquilo unos instantes, pero no tardó en saltar de nuevo, lanzando agudos ladridos.

—¿Qué te pasa, *Arius*? —le preguntó la joven, asombrada—. ¿Qué sucede? ¿Has oído ratones?

Le apretó el morro con la mano y prestó atención, intentando captar el rumor que había sobresaltado a su perro. Un ruido imperceptible que no pudo definir llegó a sus oídos. Era como el deslizamiento de un objeto sobre una superficie pulimentada. *Arius* seguía gruñendo.

—¡Cálmate, *Arius*, cálmate!

¡No conseguiría dormir! De pronto, tras sus entornados párpados, surgiendo de lejanos recuerdos, Angélica tuvo la

visión de las manos oscuras, de las manos sucias y ásperas de los ladrones de París, que en las densas tinieblas de la noche se posan sobre la superficie de los vidrios y deslizan por los mismos el invisible diamante afilado.

Se incorporó de un salto. Sí, era esto. El rumor procedía de la ventana. ¡Ladrones...! Su corazón comenzó a latirle con tal violencia que no oía ya más que aquellos latidos sordos y precipitados. *Arius* se escapó de su abrazo, y empezó a lanzar agudos lamentos. Angélica volvió a atraparlo y casi lo ahogó, a fin de que se mantuviera callado. Cuando de nuevo pudo prestar atención, tuvo la impresión de que había alguien en la estancia. Oyó golpear la ventana. Habían entrado.

—¿Quién está aquí? —exclamó, más muerta que viva.

Nadie contestó, pero unos pasos se acercaron a la alcaoba. «¡Mis perlas!», sollozó. Alargó la mano y cogió un puñado de perlas. Casi al mismo tiempo, se abatió sobre su cabeza la tela asfixiante de una áspera manta. Unos nudosos brazos la rodearon, paralizándola, al tiempo que trataban de atarla con una cuerda. Angélica se debatió como una anguila, chillando a través del espeso tejido. Consiguió liberarse y recobró la respiración para gritar:

—¡Socorro! ¡Soc...!

Dos gruesos pulgares la cogieron por la garganta, estrangulando su llamada de auxilio. Angélica se asfixiaba. Le pareció que unas luces rojizas estallaban ante sus ojos. Los lamentos histéricos del grifón cada vez fueron haciéndose más débiles y lejanos...

«¡Voy a morir, pensó, estrangulada por un ladrón...! ¡Oh, esto es demasiado idiota...! ¡Felipe! ¡Felipe!» Y por fin todo se desvaneció.

Al recobrar el conocimiento, la joven sintió que algo se deslizaba por entre sus dedos y caía al suelo, sobre las losas. «¡Mis perlas!»

Entumecida, se inclinó por encima del borde del jergón donde se hallaba tendida, y contempló el collar de rosadas perlas. Debió mantenerlo sujeto dentro de su puño prieto, cuando la raptaron, trayéndola a este sitio desconocido. Los ojos desorbitados de Angélica se pasearon por la estancia. Era una especie de celda en la que la bruma del amanecer penetraba lentamente por un enrejado ventanuco en ojiva, luchando contra la luz amarillenta que desde su nicho arrojaba una lámpara de aceite. Todo el mueblaje consistía en una tosca mesa y un escabel de tres patas, además del camastro, compuesto por unas tablas de madera y un jergón de crin.

—¿Dónde estoy? ¿En manos de quién? ¿Qué pretenden?

No le habían quitado las perlas. Le habían desatado las ligaduras, pero aún la envolvía la manta por encima de su ligero camisón de noche, de seda rosa. Angélica se inclinó y recogió el collar, que se puso maquinalmente al cuello. Después se dio cuenta de su equivocación y, quitándoselo, lo escondió bajo la almohada.

Afuera se oyó el tañido argentino de una campana. Le respondió otra. La mirada de Angélica observó, colgando del muro blanqueado con cal, una crucecita de madera negra, adornada con un ramo de boj. «¡Un convento! ¡Estoy en un convento!»

Escuchando con atención, acababa de captar los lejanos ecos de un órgano y cánticos salmodiados por una voz armoniosa.

«¿Qué significa todo esto? ¡Oh, Dios mío, cómo me duele la garganta!» Permaneció postrada unos momentos, sus ideas hechas un torbellino, queriendo persuadirse de que estaba viviendo una pesadilla, y de que no tardaría en despertarse de aquel absurdo sueño.

Unos pasos que resonaron en el corredor la obligaron a incorporarse. Unos pasos de hombre. ¿Tal vez su raptor? ¡Ah, no le dejaría marchar sin explicaciones! No temía a los

bandidos. Si era necesario, les recordaría que el rey del *argot*^[2], Cül-de-Bois, se contaba entre sus amigos.

Alguien se detuvo frente a la puerta. Giró la cerradura y alguien entró. Angélica permaneció un instante estupefacta a la vista de quien se hallaba ante ella.

—¡Felipe!

Había estado a cien leguas de adivinar la aparición de su marido. Felipe, después de dos meses de estar Angélica en París, no se había dignado visitarla, ni siquiera por cortesía, ni había querido acordarse de que tenía esposa.

—¡Felipe! —repitió—. ¡Oh, Felipe, qué felicidad! ¿Venís en mi auxilio?

Pero algo vidrioso e insólito en la mirada del gentilhomme refrenó el impulso que la impelía hacia él. Felipe se hallaba de pie ante la puerta, luciendo sus altas botas de cuero blanco, magnífico con su casaca de ante gris, con bordados de plata. Sobre su cuello de encaje de Venecia, caían los bucles, cuidadosamente dispuestos, de su peluca rubia. Su chambergo era de terciopelo gris con plumas blancas.

—¿Cómo os encontráis, señora? —le preguntó—. ¿Es buena vuestra salud?

Se mostraba tan cortés como si el encuentro tuviese lugar en un salón.

—Yo... yo no sé qué ha pasado, Felipe —balbució Angélica, completamente confundida—. Me han atacado en mi dormitorio. Me han raptado y me han traído aquí. ¿Podrías explicarme quién es el miserable que ha cometido esta felonía?

—Con sumo gusto. La Violette, mi primer ayuda de cámara.

—¿Eh...?

—Cumpliendo órdenes mías —terminó él, gentilmente.

Angélica se estremeció. Por fin vislumbraba la verdad. En camisa, con los pies descalzos sobre las frías losas, corrió a la ventana y se aferró a los barrotes. El sol se levantaba para alumbrar el día de verano que vería al Rey y su Cor-

te perseguir el ciervo por los bosques de Fausse-Repose. Pero la señora de Plessis-Belliére no se hallaría presente. Dio media vuelta, fuera de sí.

—¡Lo habéis hecho para impedirme asistir a la cacería del Rey!

—¡Sois muy inteligente!

—¿No sabéis que Su Majestad no me perdonará jamás esta falta de atención, que va a enviarme de nuevo a mi tierra?

—Esto es exactamente lo que me he propuesto.

—¡Oh... sois un hombre diabólico!

—¿De veras? Sabed que no sois la primera dama que me obsequia con tan bello cumplido.

Felipe reía. La cólera de su mujer parecía haber cambiado su carácter taciturno.

—No es tan diabólico como parece —añadió él—. Os he hecho encerrar en este convento a fin de que podáis regeneraros en la oración y la mortificación. El mismo Dios no podría echármelo en cara.

—Y ¿cuánto tiempo tendré que estar en penitencia?

—Veremos... veremos. Por lo menos, unos días.

—¡Felipe, yo... yo creo que os odio!

El joven volvió a reír con una mueca cruel, mostrando por entre los labios sus dientes blancos y perfectos.

—Es una magnífica reacción la vuestra. Sólo por esto vale ya la pena contrariaros.

—¡Contrariarme! ¿Llamáis a esto una contrariedad? ¡Asalto! ¡Rapto! ¡Y pensar que os llamé en mi socorro cuando aquel bruto intentó estrangularme!

Felipe dejó de reír y frunció el entrecejo. Se acercó a la joven para examinar las marcas azules que ensombrecían el cuello.

—¡Maldito! Se lo tomó demasiado a pecho. Pero sospecho que debisteis darle bastante quehacer, y es un tipo que cumple fielmente las consignas que se le dan. Le había ordenado, sin embargo, que llevase a cabo la operación con

la mayor discreción posible, a fin de no llamar la atención de vuestros servidores. Se introdujo por el fondo de vuestro invernadero. Bien, la próxima vez le recomendaré menos violencia.

—¿Es que pensáis en una «próxima vez»?

—Mientras no estéis domada, sí. Mientras levantéis contra mí vuestra tozuda frente, mientras me contestéis con insolencia, y mientras tratéis de desobedecerme. Soy Montero Mayor del Rey y estoy habituado a domesticar las fieras. Y éstas siempre acaban por lamerme las manos.

—¡Antes prefiero morir! —exclamó Angélica con tono salvaje—. ¡Antes prefiero que me matéis!

—No. Prefiero humillaros.

Fijó su mirada azul en la de la joven, y ésta acabó por desviar la suya, subyugada. El duelo que tenía lugar entre ambos prometía ser feroz, pero ella ya había intervenido en otros.

—Creo que sois demasiado ambicioso, caballero —le espetó aún—. Y me gustaría saber con qué medios contáis para esclavizarme a vuestra voluntad.

—Oh, puedo escoger a mi antojo —replicó él, haciendo una mueca—. Encerraros, por ejemplo. ¿Qué diríais si prolongase algo más vuestra estancia aquí? O también... puedo separaros de vuestros hijos.

—¡No os atreveréis!

—¿Por qué no? Puedo también reducir vuestros víveres, dejándolos en mísera ración, hasta que tengáis que suplicarme un pedazo de pan.

—Sólo decís necedades, caballero. Poseo mi propia fortuna.

—Estas son cosas que tienen fácil arreglo. Sois mi esposa. Un marido posee todos los poderes. No soy tan tonto que no pueda conseguir algún día que todo vuestro dinero pase a mi nombre.

—Lo impediré.

—¿Y quién os escuchará? Reconozco que habéis tenido la habilidad de ganáros la indulgencia del Rey. Pero vuestra incomparecencia de hoy creo que le hará cambiar de opinión respecto a vos. Y ahora os dejo, abandonándoos a vuestras meditaciones, puesto que no puedo faltar a la salida de la jauría. No tenéis nada más que decirme, ¿verdad?

—Sí: ¡que os detesto con toda mi alma!

—Esto no tiene importancia. Un día imploraréis la muerte, a fin de poder libraros de mí.

—¿Y qué ganaréis con ello?

—El placer de la venganza. Vos me habéis humillado hasta lo inconcebible, pero yo, a mi vez, os veré llorar, suplicar gracia, convertida en una imbécil, una desdichada enloquecida.

Angélica se encogió de hombros.

—¡Muy bello cuadro! ¿Por qué no la sala de tortura, con vos presente, el hierro al rojo vivo bajo la planta de mis pies, el potro, los miembros estirados...?

—No... No llegaré tan lejos. Resulta que aprecio en extremo la belleza de vuestro cuerpo.

—¿De veras? Nadie lo diría. Lo manifestáis de modo muy disimulado.

Felipe, que ya se hallaba junto a la puerta, dio media vuelta sobre sí mismo, con los ojos entornados.

—¿Lo lamentaríais, querida mía? ¡Qué deliciosa sorpresa! ¿Conque os he engañado? ¿Creéis que todavía no he hecho bastante sacrificio ante el altar de vuestros encantos? ¿No tenéis bastantes amantes que os rindan homenaje, que reclamáis también el del marido? Sin embargo, tuve la impresión de que no os habíais entregado sin disgusto a vuestras obligaciones conyugales la noche de bodas, pero tal vez me había engañado...

—Dejadme, Felipe —le interrumpió Angélica, que con aprensión lo veía avanzar. Se sentía desnuda y desarmada, sólo con su camisón.

—Cuanto más os contemplo, menos deseo dejaros — respondió él.

La enlazó por la cintura, atrayéndola hacia sí. Angélica sintió un escalofrío y unas ganas terribles de estallar en sollozos, unos sollozos nerviosos que le contraían la garganta.

—Dejadme... ¡Oh, os lo suplico, dejadme!

Felipe la levantó como si fuese un montón de paja y la arrojó sobre el monástico camastro.

—Adoro escuchar vuestras súplicas.

—Felipe, ¿no habéis pensado que nos hallamos en un convento?

—¿Y bien? ¿Os imagináis que dos horas de permanencia en este piadoso asilo pueden daros el beneficio del voto de castidad? Además, esto no cuenta. Siempre me ha complacido en extremo violar a las monjas.

—¡Sois el personaje más ignominioso que conozco!

—Vuestro vocabulario amoroso no es excesivamente tierno —se burló él, desabrochándose el tahalí—. Ganaríais mucho si frecuentaseis el salón de la bella Ninon. Dejaos de fingimientos, madame. Acabáis de recordarme que tengo deberes que cumplir hacia vos, y voy a ejecutarlos.

Angélica cerró los ojos. Había cesado su resistencia, sabiendo por experiencia lo que podía costarle. Pasiva y desdenosa, soportó el penoso abrazo que Felipe le infligía como un castigo. Sólo tenía que imitar, pensó, a las mujeres malmaridadas —y bien sabe Dios que forman legión—, que se olvidan de todo, piensan en sus amantes o rezan el rosario al tiempo que aceptan el homenaje del ventripotente quincuagenario al que las ha atado la voluntad de un padre avaricioso. Evidentemente, no era éste el caso de Felipe.

No era ni quincuagenario ni ventripotente, y era ella, Angélica, quien había querido casarse con él. Aunque ahora se mordiera los puños era ya demasiado tarde. Debía aprender a conocer al amo que ella misma había deseado.

¡Un bruto!

Para él la mujer no era más que un objeto de placer, mediante el cual conseguía la satisfacción de una necesidad física. Pero era un bruto sólido y ligero, y en sus brazos era difícil concentrar el pensamiento o rezar padrenuestros. Llevaba la aventura al galope, como el guerrero que está al mando del deseo y que en las exaltaciones y violencias de las noches de batalla, ha perdido el hábito de dejar lugar para el sentimiento.

Sin embargo, en el momento de soltarla hizo un ligero ademán que más tarde ella creyó haber soñado: colocó la mano sobre el cuello vuelto de la joven, en el lugar donde los dedos del ayuda de cámara habían dejado sus groseras huellas azuladas, y la sostuvo allí un momento, como en una imperceptible caricia. Pero ahora ya estaba de pie, contemplándola con mirada desdeñosa y burlona.

—Bien, hermosa, sois más prudente de lo que creía. Ya os lo he dicho: pronto aprenderéis. Mientras tanto, os deseo una agradable estancia en esta morada de gruesos muros. Aquí podréis llorar, gritar y maldecir a vuestro antojo. Nadie os oirá. Las religiosas tienen orden de alimentaros, pero sin dejaros siquiera asomar a la puerta. Y os advierto que tienen bien ganada su reputación de carceleras. Vos no sois la única pensionista forzosa de este convento. ¡Que os divirtáis, señora! Tal vez por la tarde oiréis sonar los cuernos de la cacería real. Haré que toquen una marcha en vuestro honor.

Salió, tras una risotada burlona. Era una risa detestable. No sabía reír más que en la venganza.

Después de su partida, Angélica permaneció largo tiempo inmóvil, envuelta en la tosca manta de la que surgía un perfume de hombre, compuesto de esencia de jazmines y cuero nuevo. Se sentía cansada y descorazonada. Las angustias de la noche anterior, junto con la irritación de la disputa, la habían enervado en grado sumo ante las exigencias de su marido. Violentada, no le quedaban ya fuerzas, y